

Meredith Monk: una voz de luz

Pablo Espinosa

La voz se mueve como el cuerpo. Si la mano izquierda ondea es porque eso suena. Si el antebrazo repta por los túneles del aire, triceps intersectan meandros de arcoíris, muslos baten sus temblores como trinos de aves y el pecho emerge enhiesto rumbo al sol, es porque todo eso forma una sinfonía que ya no sale de garganta alguna sino que es el alma la que está ahora en plena ebullición. Sonando.

El misterio de esta epifanía tiene nombre y apellido: Meredith Monk, compositora, cantante, bailarina, coreógrafa, cineasta. Pensadora de sonidos.

Nació en Nueva York, el 20 de noviembre de 1942, descendiente de músicos. Abuelo violinista que emigró de Rusia y de alguno de los óleos monumentales de Chagall, madre cantante que desarrolló carrera fundacional en las estaciones de radio, donde la niña Meredith merodeaba, curiosa, bailoteando con cierta dificultad motriz.

El ojo izquierdo de la niña estaba fijo, hasta que un médico descubrió que tal peculiaridad impelía a Meredith a rangos diferentes en su percepción en segunda y tercera dimensión y en la amplitud horizontal derecha-izquierda.

La madre cantante inscribió a su hija en una escuela de enseñanza musical mediante el cuerpo. Así, Meredith aprendió a cantar al mismo tiempo que a decantar su cuerpo. Fue una revelación, la primera de una serie que no termina.

“La música permite a mi cuerpo funcionar”, supo.

Por eso la voz se mueve como el cuerpo de Meredith Monk. Por eso danza y canta al mismo tiempo. Es la razón por la cual si su pierna izquierda se levanta, un sonido de niña aparece desde el fondo de su pecho mientras su brazo derecho toca su tobillo y el hemisferio cerebral correspon-

diente emite vibraciones que ondulan, levitan, alzan vuelo.

Sin estas consideraciones, Meredith Monk sería escuchada como una virtuosa de la voz, emisora de sonidos insospechados, habilitadora de músicas insólitas.

No es así. Lo que hace a esta artista única e irreplicable es su condición de conectora de cuerpo-mente-espíritu para expresar lo inefable. Hacedora de magia, reveladora de misterios.

Una discografía a la fecha impresionante la convierte hoy en un referente. Una artista de culto.

Suele establecerse comparación o conexiones con Bobby McFerrin y con Diamanda Galás, pero en realidad lo que ella hace es diferente. Muy diferente.

Ciertamente, al igual que aquellos dos, Meredith entabla la improvisación vocal como fuente nutricia, pero en realidad lo suyo viaja más lejos, en cuanto para ella el sonido es una respuesta a los misterios del mundo.

Estaría entonces más cercana a Cathy Berberian, la esposa fallecida del compositor italiano Luciano Berio, quien escribió para ella obras maestras con su aparato fónico como instrumento musical y la experimentación técnica como método.

El procedimiento creativo de Meredith en este parangón se dispara también a lo largo: lo experimental en ella es intuición, su lógica composicional es más bien orgánica, cósmica, tan vital como su cuerpo, que es su guía junto a su mente y su espíritu. Todo en armonía.

Otros estudiosos quieren ver a Meredith en la legión minimalista, pero los vínculos con Terry Riley, LaMonte Young, Philip Glass se estrechan en los aspectos formales y se ensanchan en las aspiraciones espirituales.

Y aquí el sistema de vasos comunicantes conduce a un gran maestro: John Cage; la experimentación es aventura vital, el rigor técnico apuntala la forma, pero como para ambos la forma es vacuidad y la vacuidad es forma, interviene el factor determinante: la gran cultura budista.

Los compositores minimalistas, en efecto, siguen el ejemplo de John Cage de acercarse al pensamiento budista como forma de vida y por lo tanto motor de su creación artística. Además de proporcionar *sukha*, la felicidad verdadera (un estado permanente de serenidad, de paz interior), el budismo ofrece respuestas.

Y Meredith Monk aplica esas respuestas en su práctica budista, que es su manera de vivir, que es su manera de crear.

El arte es práctica. Ese postulado, esa convicción, anima el correcto pensar, el correcto decir y el correcto hacer de Meredith Monk.

El budismo es práctica, no son palabras lindas, conceptos bellos, buenas intenciones. Es simple práctica.

La meditación es una práctica y es el camino que conduce a la iluminación, a la evolución de los humanos.

Dice Meredith Monk: cantar es una forma de meditación. Es una práctica. Conduce a un estado del alma.

Y también por eso danza y si uno analiza con cuidado los filmes disponibles donde ella interpreta, con su Ensemble Vocal, sus óperas, observaremos posiciones de yoga en sus evoluciones coreográficas, raíces de la India en sus inflexiones, ecos lejanos de la más antigua China en sus dejes vocales.

Y ahora que dijimos óperas, se trata de otro territorio expandido por la señora Monk: su arte está embebido siempre por la danza, el canto, la música sin era, su sintaxis escénica sigue la lógica del arte

El trabajo de Meredith Monk se desarrolla en Nueva York y en Minneapolis. Su condición meditativa llevó a su compañera sentimental, la eminente coreógrafa holandesa Mieke van Hoek, a construir para ella una cabaña de ermitaña en Cañones, Nuevo México, donde ella compone, medita. Vive.

Entre las creaciones más vitales de esa convivencia con la naturaleza y sus misterios, está la serie *Songs from the Hill*, donde ella se planta frente a la montaña y dialoga con ella mediante el canto y todo se pone en movimiento en ese manto de luz radiante que vibra en cada tallo, en cada hoja, en cada milímetro de la epidermis del planeta y de los humanos.

Algo similar sucede con otra de sus óperas: *Songs of Ascension* (2008), donde ella y sus compañeros danzan, cantan, ejecutan sus instrumentos musicales acostados en el suelo, en posición de yoga y también en círculo y en la semipenumbra, de manera similar a como acontece en *Stimmung*, esa obra maestra de Karlheinz Stockhausen cuya ejecución y escucha produce efectos semejantes a los que infunde la obra de Meredith Monk: estados meditativos donde ocurre toda la magia, incluida la sinestesia: uno empieza a oír colores bellos en medio del vuelo en éxtasis, como en un sueño.

La cineasta Babeth M. Van Loo viajó sola hasta Cañones, en medio del desierto en Nuevo México, para filmar extensas e intensas conversaciones con Meredith Monk, quien rompió momentáneamente así su retiro en soledad para compartir sus experiencias de vida.

Con esos materiales, además de entrevistas con sus colaboradores, pietaje de archivo donde observamos fragmentos de las óperas de Meredith Monk, así como sus recitales con voz y piano, estructuró un filme hermoso: *Inner Voice*.

Vemos allí el fluir vital de Meredith Monk, sus rituales cotidianos que inician con su mirada interior posada en la fotografía de Mieke van Hoek junto a la fotografía del Buda Shakiamuni. Enciende una veladora. Realiza meditación. Vocaliza y canta. Escribe su música.

En una de esas meditaciones sabremos, mediante otro documento, esta vez el disco compacto de audio titulado *Impermanence*, otra revelación creativa:



¿Cómo crear una obra acerca de la impermanencia?, se preguntó Meredith.

Obtuvo de su interior esta respuesta: “Uno puede solamente trazar esbozos de algunos aspectos de la impermanencia; traer a la memoria la sensación de que todo fluye, cambia constantemente y no podemos retener nada. Lo que todos los humanos compartimos es la certeza de que moriremos sin saber cómo y cuándo. Perderemos a quien amamos, nuestra salud y finalmente nuestro cuerpo. Con esto en la conciencia llegamos a una profunda apreciación de todos y cada uno de los momentos que vivimos, sin dar nada por seguro”.

Esta reflexión llegó a la señora Monk luego del silencio.

En 2002 grabó su hermoso disco *Mercy*. Poco tiempo después, en 2004, falleció de manera repentina su pareja, Mieke van Hoek, a los 56 años.

El duelo mudó del silencio a los sonidos. El concepto budista de la impermanencia o la transitoriedad de las cosas, la convicción de que nada es duradero en este plano terrenal condujo a Meredith Monk a su nueva obra maestra, el disco *Impermanence*.

La música aquí fluye con armonía radiante. Vibra. A todo el arsenal de recursos técnicos que le conocíamos añade una madurez creativa que enlaza instrumentos atípicos, como es su costumbre: por igual su piano clásico que campanas tibetanas, que una rueda de bicicleta, que utiliza como voz humana, al mismo tiempo que su voz la utiliza como instrumento musical.

De manera que en piezas como la del *track 5, disequilibrium*, tal ensamblaje de voces e instrumentos logra crear sonidos

nuevos. Deja de sonar a voz humana para emparentarse con lamento de locomotora.

O bien los sonidos parásitos que teje en *track anterior, liminal*, donde la voz de un bajo asemeja una máquina *woofer*, ese dispositivo electrónico diseñado para producir bajas frecuencias, pero en realidad es el pecho de uno de los camaradas de esta flaca sublime y el todo suena con el mismo efecto que produciría el agitar con una pala gigantesca el fondo de un estanque. Así se expande desde las bocinas y así se expande en el cerebro del escucha.

Cierto, el concepto budista de la impermanencia nos educa a disfrutar la vida. Certo, cada uno de nosotros puede repetir con una sonrisa en los labios la frase maestra de Alfred Hitchcock, con todo y su grácil bailecito: “ahora estoy, ahora no estoy”.

Pero también es cierto que la misión que vienen a cumplir a este plano terrenal las personas especiales pervive de maneras insospechadas.

Meredith Monk vive en su voz interior, en su cabaña de Cañones, Nuevo México, creando obras artísticas que hacen este mundo mejor.

Día con día enciende una veladora en el altar budista donde esplende una fotografía de Mieke junto a una imagen del Buda Shakiamuni.

Están por cumplirse seis años desde que Mieke trascendió, igual que Dalis escancia desde hace ahora un lustro y un año su bondad, su luz, sus enseñanzas que irradia hacia este plano espacio-temporal donde vivió tan plena, tan feliz. Nunca nada le faltó como ahora nada le falta.

Ellas, Mieke, Dalis, seres de luz.

Vibran. ▣

del cine para instalarse, del todo, en un ente nuevo, revolucionario sin aspavientos, complicado en extremo por sencillo en apariencia.

Entre los objetivos básicos como compositora de ópera, está su anhelo de “hacer emerger en escena la mera esencia de las personas”.

Cuenta uno de sus colegas, Pablo Vela, que cuando Meredith realizó audiciones para estrenar su ópera *Atlas*, en 1991, acudió una soprano hermosa, modosita ella, vestida como diva y preguntó “¿dónde está mi parte?”. No hay, le respondió Pablo, eso forma parte del proceso improvisatorio en escena. La diva preguntó para salvarse entonces: “¿puedo ver la partitura?”. No hay partitura. Por supuesto, remata su relato Pablo, que ella no participó en escena. No tenía esencia humana alguna que mostrar en ella.

El primer disco que grabó Meredith Monk con el sello alemán ECM —esa firma discográfica que también forma parte de la gran revolución sonora que vivimos hoy en día— incluye la versión en audio de una de esas óperas: *Dolmen Music* (1979) e inicia ese álbum con una pieza clave: *Gotham Lullaby* (1975), cuyo encanto y misterio han cambiado las maneras de pensar y hacer de muchas personas, entre ellas

la cantante islandesa Björk, quien de inmediato la incluyó en su repertorio.

La voz de niña campea en el registro vocal, tan extenso como inagotable, de Meredith Monk. Y también las guturaciones, los gemidos, los ecos del canto berebere, los rebotes de la glotis en la epiglotis, del plexo solar en el lunar, de la suavidad del lóbulo con la ferocidad del paladar, de las cavidades corporales más lejanas en el encuentro lúdico con el más acá, con el aquí y ahora.

El arte hoy, señala la artista, está plagado de confusión. Parece importar solamente el entretenimiento, ya no el comprometerse.

Muchas personas, lamenta Meredith, parecen necesitar definiciones, relatos lineales, respuestas con explicaciones. Y eso no funciona para expresar lo inexpresable, para poner en vida lo inefable, “por eso decidí prescindir de las palabras en mi canto, para que todo fluya, para vivir el presente, insertarse en la obra de arte, vivirlo, vivir la experiencia, sentir con el corazón. Estar presente en el presente. Fluir”.

Y eso en budismo es un estado de meditación en lo cotidiano: el fluir; entrar a una suerte de raptó creativo, un ánimo extático, un estado calmo, receptivo y creativo al mismo tiempo.

Es la voz interior entonces lo que sueña. Una voz sin edad, sin era, sin la atadu-

ra del parámetro temporal, pero asentado en el aquí y ahora.

Esto es igualmente importante: budista o no, advertido o inocente respecto de lo que anima el arte de Meredith Monk, quien la escucha vibra en su intimidad mayor: en los filamentos dorados de su alma. Entabla conexión con la parte divina que todos tenemos.

En su álbum *Book of Days*, Meredith Monk incorpora las estructuras arquetípicas, lo primitivo, lo ancestral, lo mágico y alquímico. Mientras que en el disco *Do You Be* reúne hitos varios donde se percibe con claridad su dominio de los parámetros espacio-tiempo, su capacidad de inventiva melódica sin incurrir en la “melodización” ni en el relato pueril y sí en cambio en su decidida vocación budista en cuanto que los remates de sus frases son evidentes remates de mantras.

En el hermoso disco *Our Lady of Late*, en tanto, lo operático entabla ritmos, vistas, cantos, deslizamientos, vales, profecías y diálogos para voz y copa de cristal.

En la poesía zen, interviene Daido Looi, el poeta no responde a las preguntas acerca de lo inefable con explicaciones, sino con sonidos. Y ésa es la tarea de Meredith Monk: emitir respuestas acerca de lo inefable con sonidos, no con explicaciones.



Meredith Monk

